



LA TUMBA DEL AMIGO DESCONOCIDO

TXUSTARRA

Canta el cuco.

La mañana es fresca.

El rocío (¿o es la lluvia de la noche?) da al paisaje un brillo inusual.

El aire es transparente, impalpable, etéreo.

El día acaba de despertarse, se siente su frescor en las entrañas, se diría que a esa hora de la mañana el día es virgen todavía.

Y uno camina por caminos desconocidos (conocidos solamente el cielo arriba y enfrente el mar), caminos que acaso terminarán devorados por las zarzas o acaso en una abrupta cantera inaccesible.

Y en ese momento en que parece que hasta el tiempo se ha detenido, uno se encuentra una cruz a la vera del camino.

La cruz está formada por dos simples palos atados con un cordón. De ella cuelga una corteza de árbol con un nombre. Nombre borrado ya por las lluvias, el viento, el sol...

Los brazos horizontales de la cruz están rematados por sendos cartuchos de caza.

Unas piedras colocadas con cariño marcan el contorno de la tumba.

Y uno se para a meditar.

¿Quién o qué estará enterrado aquí?.

¿Será el perro de un cazador?.

La verdad de que el perro es el mejor amigo del hombre se hace dogma tratándose de los perros de caza.

Un perro de caza es siempre manso, cariñoso, fiel.

Me imagino que el perro se ha hecho viejo. Al cazador le presionan en casa para que se desprenda de él. Se resiste durante mucho tiempo.

Al fin, un día coge al hombro la escopeta. El perro le sigue alborozado. No importa que haya perdido ya vista, olfato, agilidad. Otra vez se le necesita y él está siempre dispuesto.

Cuando llegan al rincón apartado, el cazador empieza a preparar la escopeta.

Las lágrimas le saltan de los ojos. El perro ha presentido algo, y se pone a aullar lastimeramente. El cazador cierra los ojos y dispara.

Cuando los abre con la esperanza de haber errado, comprueba con dolor que el perro está tendido, inmóvil, junto a un charco de sangre.

Y el cazador siente dentro una amargura que no ha sentido nunca.

Y vuelve al otro día con una azada, entierra al perro, siluetea con unas piedras la tumba, y le pone en la cabecera una cruz (¡quién sabe si también los perros tienen un cielo!), y cuelga de ella, amorosamente, una corteza de árbol con el nombre querido...